

Editorial de *Nouvelle Ecole* (2005)

GEOPOLÍTICA

La geopolítica siempre fue la mal querida entre las ciencias sociales. Desde hace mucho tiempo se le recriminó ser una «ciencia alemana», lo que no quería decir gran cosa. Pero es sobre todo la delimitación de su ámbito o su estatuto lo que nunca ha dejado de plantear problemas. La geopolítica estudia la influencia de la geografía sobre la política y la historia, es decir, las relaciones entre el espacio y el poder. Pero esta definición es engañosa, lo que explica que la realidad misma de su objeto haya podido estar sujeta a debate. Se la ha descrito frecuentemente como una disciplina encargada de legitimar retrospectivamente los acontecimientos históricos o las decisiones políticas: así, no sería más que una construcción artificial basada en interpretaciones *ex eventu*. Esta crítica estuvo reforzada por el hecho de que la geopolítica frecuentemente se ha desarrollado al margen del poder político (incluso si, en los hechos, raramente ha inspirado al mismo).

Otros le han cuestionado su determinismo. La geopolítica se funda en cierto número de constantes ligadas al «suelo», a partir de las cuales pretende elucidar diversas lógicas espaciales. Pero ¿es siempre determinante el «suelo»? Francia, por sólo citar un ejemplo, habría tenido un origen geopolíticamente muy improbable, lo que no le impidió despuntar. A esto se añade el hecho de que el mundo ha cambiado. Ya salimos de la era de las grandes conquistas meramente territoriales: hoy preocupa más organizar el espacio que conquistarlo o acrecentarlo. La conquista de un territorio sólo es, por lo demás, una forma entre otras de conquistar. «Cualquier espacio tiene su valor político», decía Ratzel. Sin embargo, no siempre posee el sentido que tuvo en otro tiempo. Vivimos en un mundo en que las fronteras ya no detienen (y sobre todo no garantizan) nada.

La geopolítica conserva, no obstante, su utilidad. Incluso resulta indispensable referirse a ella en un mundo en transición, donde todas las cartas están a punto de ser repartidas a escala planetaria. La geopolítica relativiza el peso de los meros factores ideológicos, mutables por definición, y recuerda la presencia de constantes que trascienden tanto a los regímenes como a las ideas. Cegado por su racismo, Hitler hizo la guerra a Rusia, potencia continental, mientras que hubiera querido aliarse con Inglaterra, potencia marítima: magnífico ejemplo de la manera en que la ideología puede ser la causa de una ceguera geopolítica total. Hoy día comprobamos una oposición análoga entre la lógica geopolítica y la lógica «civilizacional». Algunos hablan de «guerra de civilizaciones», en tanto que el Islam no constituye –tampoco Occidente– la menor entidad geopolítica.

De todas las nociones propias de la geopolítica, una de las más incuestionables es sin duda la oposición entre Mar y Tierra. «La historia mundial –decía Carl Schmitt– es la historia de la lucha de las potencias marítimas contra las continentales y de las potencias continentales contra las marítimas». Ésa era también la opinión del almirante Castex y de muchos geopolíticos.

La Tierra es el lugar de los territorios diferenciados. Suscita distinciones tajantes entre la guerra y la paz, entre combatientes y no combatientes, entre la acción política y el comercio. Es por excelencia el lugar de la política y de la historia. «La existencia política tiene un carácter puramente telúrico» (Adriano Scianca). El Mar es una extensión uniforme, la negación de las diferencias, los límites y las fronteras. Es un espacio indistinto, equivalente líquido del desierto. Al carecer de un centro, sólo conoce los flujos, y es por ello por lo que se parece a la globalización postmoderna. El mundo actual es un mundo «líquido» que tiende a abolir todo lo que es «terrestre», estable, sólido, constante, diferenciado. Es un mundo de flujos transportados por redes. El comercio mismo, igual que la lógica del capital, también está hecho de flujos. La uniformidad que la globalización y el comercio logran es inherente a la lógica «marítima»: el monoteísmo del mercado es hijo de la lógica del Mar, y no es por azar que el capitalismo se parece sobre todo a la piratería.

En la historia de la humanidad, la confrontación entre la Tierra y el Mar corresponde a la lucha secular entre la lógica continental europea y la lógica «insular» encarnada primero por Inglaterra y luego por los Estados Unidos de América. Schmitt ya lo había subrayado: debido a la técnica moderna, el Mar se ha transformado, relevado en espacio. «El mar no es más un elemento, se volvió *espacio*, así como el aire también se ha vuelto espacio de la actividad humana y de ejercicio del poder». Como ayer la de Inglaterra, la hegemonía estadounidense descansa en la dominación mundial de los mares, extrapolada a la dominación del aire, y ante la ausencia de unidad del espacio euroasiático. Antiguas problemáticas, pero que en adelante se explicarán en más vastas dimensiones. Estados Unidos tomó los caminos del poderío inglés. Europa entera ocupa el lugar otorgado a Alemania. Al mismo tiempo, vemos reaparecer el «Gran Ajedrez» que ayer oponía a Inglaterra y Rusia, y cuyos peones esenciales permanecen en Asia central, Mesopotamia, Irán y Afganistán.

En el pasado, la geopolítica ejercía sus concepciones principalmente a nivel de los Estados que, en nuestros días –al menos en el hemisferio occidental– parecen haber entrado a una crisis irreversible. Hoy, las lógicas continentales nos revelan las maquinaciones desordenadas de los Estados que nos han ocultado por mucho tiempo, pero que, más que nunca, serán fundamentales. La geopolítica nos ayuda a razonar, no tanto a nivel de países sino de continentes. El Mar contra la Tierra, hoy día, está representado por los Estados Unidos de América contra el «resto del mundo», y por

principio contra el bloque continental europeo. El eje Madrid-París-Berlín-Moscú adquiere desde esta perspectiva toda su importancia, paralelamente al eje Moscú-Teherán-Nueva Delhi. El bloque germano-ruso se mantiene en el corazón del «centro mundial». Y es por ello por lo que la suerte del mundo depende de la alianza de estos dos países. Allí también la caída del sistema soviético despejó los frentes. El desconocido chino domina el resto.

Alain de BENOIST

Traducción de José Antonio Hernández García